

## **Actualidad del carisma del Fundador, Sebastián Gili**

**En la apertura del 150 aniversario  
de la fundación de la congregación  
de las Agustinas Hermanas del Amparo.**

**fr. Jesús Miguel Benítez, O.S.A.  
Palma de Mallorca, 6 de febrero de 2009**

Quiero comenzar mis palabras con una felicitación fraterna a todas las Hermanas por esta celebración jubilar de los 150 años de la fundación de la Congregación. Felicitación que va unida a una profunda acción de gracias a Dios por el don a la Iglesia y a la Familia Agustiniense de un nuevo carisma de vida consagrada, que vivió con integridad de testigo el venerable Padre Sebastián Gili Vives, y que las Agustinas Hermanas del Amparo habéis vivido en el siglo y medio de existencia con valor y riesgo, con fidelidad creativa y esfuerzo apostólico hasta el día de hoy.

Hoy, seis de febrero de 2009. Os invito a recordar conmigo el momento aquél, hace siglo y medio exactamente, cuando cuatro jóvenes, cinceladas en la caridad por la discreción pastoral del Padre Sebastián, se lanzan a una aventura de evangelio, iniciando el año de noviciado en la nueva Congregación. Capilla de la Inclusa de Palma. Preside el obispo de Mallorca, don Miguel Salvá. Presentes el Padre Sebastián Gili, canónigo de la Seu, y mediación exquisita de Dios en esta empresa. Presentes varios frailes agustinos, entre los que destacan los PP. Gonzalo Arnau y Miguel Coll, garantes del carisma y de la espiritualidad agustiniana de cuanto acontecía. Miembros del Cabildo catedralicio, clero mallorquín. Como testigos, los dirigentes de la Junta de Beneficiencia, presididos por el Gobernador Civil. Toda la ciudad y la Isla pendientes del evento, como confirma la prensa de la época.

Por justicia y en actitud de acción de gracias, recordemos los nombres de estas cuatro jóvenes. El Espíritu del Señor actuaba de pleno, hecho energía, don, fuerza, regalo, dádiva...; hecho carisma de vida, para la vida. Cecilia Esteva Alorda, que pasará a llamarse Sor Agustina; Isabel Fullana Pons, que tomaba por nombre Sor Clara de Montefalco; M.<sup>a</sup> Luisa Andreu Barceló, llamada Sor Rita; y Margarita Santandreu Buñola, que sería llamada Sor Catalina Tomás.

Con sus nuevos nombres están rubricando, más si cabe, la agustinidad del camino comenzado. Estas, que ya eran agustinas antes de ser fundadas, pues un mes antes, el 17 de enero de 1859, el P. Provincial de los Agustinos, Gonzalo Arnau, firma un decreto de afiliación canónica a la Tercera Orden de la prevista fundación, afiliación que será confirmada el 4 de febrero de 1861, a los dos años de la fundación con un nuevo decreto al más alto nivel, firmado por el Comisario Apostólico de los Agustinos en España, y fechado en el Santuario de Ntra. Sra. del Buen Consejo, en Genazzano, el 4 de febrero de 1861.

Y es que, rasgo exquisito, la presencia de la Virgen acompaña paso a paso el camino de esta aventura en el inicio mismo de la fundación de la Congregación y la respuesta ágil y radical a las mociones del Espíritu del Señor por sus protagonistas.

La Virgen, desde la advocación de *Mare de Déu dels Desamparats*, bajo cuyo patrocinio está la Inclusa de Palma, graba a fuego el evangélico amparo sobre “los infelices y necesitados” que requieren de alguien que les ayude a luchar por la justicia y caridad que necesitan. La Virgen, desde la advocación de *Madre del Buen Consejo*, certifica la agustinidad. Y será al fin, el bellissimo título de *Madre de la Consolación y Correa*, el que recoja el patronazgo eficaz sobre este siglo y medio de huellas de evangelio, que la Congregación de la Agustinas Hermanas del Amparo ha cubierto en la historia de la Iglesia.

6 de febrero de 1859. El carisma del Espíritu Santo, inserto en el alma de Sebastián Gili Vives, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Palma, Terciario agustino, germina, crece, se expande... Es la hora de Dios. Aquí hay misterio a raudales, que sólo desde el silencio orante y contemplativo podemos percibir en casi toda su amplitud. Y digo “casi”, porque las obras de Dios nunca podremos llegar a percibir las en toda su extensión y profundidad. ¡Qué sabemos los hombres!

Nos extasiamos ante la grandeza de la creación, vislumbramos el infinito en la contemplación de la belleza, bien en la inmensidad del cosmos, bien en la obra emergente de la mano del hombre. Pero... hay en los santos, en el alma de aquellos que se han esforzado por ser fieles a las mociones del Espíritu, una historia que sólo Dios sabe...

Yo vengo a hablaros de la actualidad del carisma de D. Sebastián Gili Vives. No vengo a deciros de la conveniencia de la pervivencia de este carisma; no vengo a hablaros de cómo hoy, tal vez con mayor urgencia, se requiere que perviva aquél incendio de justicia y caridad que aconteció en el corazón del Padre y germinó en el corazón y la vida de las cuatro intrépidas del comienzo, preciosas muchachas, con nombres que suenan a proyección de deseos y fidelidades: Sor Agustina, Sor Clara de Montefalco, Sor Rita y Sor Catalina Tomás.

Cuando digo “actualidad” quiero indicar el dónde; ubicar, localizar la rabiosa actualidad de este carisma, vivo en la Iglesia y en la Familia Agustiniiana. Ser Agustina Hermana del Amparo hoy, en medio de un mundo convulso y confuso, requiere un riesgo confesable: descubrir aquí y ahora la vitalidad del carisma, no en el desarrollo de las obras institucionales, no en su perspectiva, no su horizonte. “Actualidad” quiero que diga, he ahí mi invitación más certera, de cómo aquí y ahora hay corazones que laten, mentes que buscan, que se interrogan, que proyectan; huellas que marcan senderos de justicia; manos que amparan en caridad; vidas que se entregan con la misma radicalidad, en respuesta generosa de FIAT evangélico, como lo hiciera el venerable Padre Sebastián Gili y aquellas intrépidas del comienzo. Vamos a ello.

## La Caridad, carisma eterno.

Es enseñanza del Apóstol Pablo en su teología del Cuerpo Místico, con la que define a la Iglesia-Cuerpo del Señor Resucitado, de la que todos los bautizados somos miembros. El Espíritu Santo, principio de toda acción vital, “*con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia, a la que guía hacia toda la verdad y unifica en comunión y ministerio*” (LG 4). Dios ha otorgado a la Iglesia el poder colaborar en su propia edificación y es a través de los carismas gratuitos del Espíritu, como Dios capacita al creyente para implicarlo en la construcción del Reino. Todos y cada uno de los bautizados, injertados en Cristo, miembros comprometidos y potencialmente activos, tienen el deber y la posibilidad de edificarla y han de ser abiertos receptores de estos dones. Dios ordena su gracia y otorga el Espíritu, que se hace acción, acto, en el corazón, el alma, la vida de los creyentes.

Los **carismas** son, pues, gracias del Espíritu Santo, que tienen directa o indirectamente una utilidad eclesial y están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo (cfr. Cat 799 y LG 12).

La doctrina sobre los carismas, como dones o regalos de Dios a la Iglesia, se recoge directamente de la enseñanza del Apóstol Pablo. Esta doctrina ha tenido sus vaivenes oscuros en la historia de la teología, recuperándose al compás del desarrollo de la confesión de la Iglesia con el luminoso Concilio Vaticano II.

El Apóstol nos ofrece cuatro enumeraciones de carismas: I Cor 12, 8-10, I Cor 12, 28-30, Rom 12, 6-8, Ef 4, 11-13. El significado dominante en Pablo es el de un don ofrecido gratuitamente por el Espíritu Santo, para producir en la persona que lo recibe una determinada capacidad que ayude a la edificación de la comunidad de creyentes. Pero San Pablo reconoce que los carismas son bienes relativos, frente a la solidez y lo absoluto del único carisma que merece plenamente este nombre: la **CARIDAD**. Es lo que podemos llamar la temporalidad de los carismas frente a la preeminencia de la caridad.

Pablo, sintiendo el escozor de la inspiración, compone este himno a la caridad en el capítulo 13 de I Corintios:

*“¡Aspirad a los carismas mejores! Y aún os voy a mostrar un camino mejor. Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo caridad, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden. Ya podría yo tener el don de predicción y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener una fe como para mover montañas; si no tengo caridad, no soy nada. Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo caridad, de nada me sirve.*”

*La caridad es comprensiva, la caridad es servicial y no tiene envidia; la caridad no presume ni se engríe; no es mal educada ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. La caridad no pasa nunca.*

*Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, un enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido.*

*Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad.”*

El mayor entre todos los carismas es la caridad, que permanece, incluso en el futuro (I Cor 13, 8), pues cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial (I Cor 13, 10). La caridad no es parcial, no es temporal, es la esencia misma de Dios (I Jn 4, 8), que es eterno. Este es el único CARISMA, sin el cual los otros signos o carismas no tendrían sentido alguno, como Pablo deja bien asentado. Su primacía es absoluta, es el gran carisma y como la infraestructura de toda la moral y ascética cristianas.

Sin caridad, sin amor comprometido y fiel con el prójimo; sin el desarrollo de la conciencia de mutua y recíproca pertenencia, no tiene sentido la existencia de los otros signos o carismas. Es el sello de su autenticidad y utilidad.

### **El carisma de la vida consagrada.**

La vida religiosa es fundamentalmente carismática y, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, es un don divino especial, un signo del misterio cristiano, que actúa en la Iglesia y que pertenece a su vida y santidad, y consiguientemente a su naturaleza sacramental más profunda, a su esencia, que se origina en la libre iniciativa del Espíritu (LG 4. 12. 43-45; PC 1-5. 15; AG 23. 19. 40 y EN 69). LG 8 habla de la estructura carismático institucional de la Iglesia, es decir, de una composición de dones jerárquicos, carismáticos y ministeriales, unidos en la caridad.<sup>1</sup> Y en ello *“la vida consagrada es un don particular que toda la Iglesia, en su profunda configuración orgánica y jerárquica, debe saber acoger, hacer florecer, examinar, autenticar, custodiar, defender y ayudar a madurar con gratitud y reconocimiento.”*<sup>2</sup>

Los carismas de la vida consagrada, en las diversas familias religiosas, tienen en sus fundadores a los auténticos mediadores del Espíritu Santo. Hay autores que piensan que difícilmente se puede comprender el carácter carismático, pneumatológico, de la Iglesia, si se prescinde de los fundadores de Institutos religiosos.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Voz CARISMA, en *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Claretianas, Madrid, 1992, 2ª edic., p. 150.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

<sup>3</sup> GARCÍA PAREDES, J.C.-R., *“Líderes carismáticos de la vida consagrada. Perfil antropológico- teológico”*, en *Rev. Vida Religiosa*, 1 (1993), p. 39.

El carisma es acción del Espíritu Santo y no del hombre. Es “gracia dada”, pero la Gracia, en sí misma, no es una cosa regalada, sino, más bien, una Persona que se entrega. La gracia es Dios mismo que se nos gratuitamente y por amor. Aunque es manifestación de Dios humanamente perceptible, el don carismático no presupone la santidad previa del beneficiario<sup>4</sup>, ni siquiera la conciencia de encontrarse bajo la acción misteriosa de Dios.

Es una experiencia personal, o por mejor decir: interpersonal, entre Dios y la criatura. Experiencia única, original, absoluta, irreplicable, exclusiva. Se entronca en el misterio único del Verbo encarnado, muerto y resucitado; pero, en cuanto misterio, no oscurece la conciencia del hombre.

Esta acción especialísima y de destino personalísimo podemos describirla en clave de seguimiento. Es la experiencia, en este caso individual y colectiva, de la primitiva comunidad cristiana (Hch 4, 8-31; 8, 17-18; 10-14 y ss.; 9, 17; 13, 9; 19, 6; cfr Ef 5, 18). La irrupción del Espíritu en la vida de las personas que constituyen la comunidad conlleva la experiencia entusiasmada de una fuerza poderosa que creaba una estrecha fraternidad.<sup>5</sup>

No es ajena esta experiencia carismática al llamamiento de Cristo a los apóstoles, que reviste el carácter extraordinario, anormal, que son las características de la irrupción del Espíritu. El Evangelio está lleno de situaciones y expresiones que revisten este carácter:

- + **Dejando inmediatamente sus redes, le siguieron (Mt 4, 20; Mc 1, 18).**
- + **“Él los llamó, y, dejando inmediatamente su barca y a su padre, le siguieron” (Mt 4, 22; Mc 1, 20).**
- + **“Él le dijo: ‘sígueme’, y, abandonándolo todo, se puso a seguirle” (Lc 5, 28).**
- + **“Otro de sus discípulos le dijo: ‘Señor, déjame primero ir a enterrar a mi padre’; pero Jesús le respondió: ‘sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos’” (Mt 8, 22; Lc 9, 59-60).**
- + **“Ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después, ven y sígueme” (Mc 10, 21; Mt 19, 21; Lc 18, 22).**
- + **“Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido” (Mt 19, 27).**
- + **“Nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres e hijos por causa del Reino de Dios...” (Lc 18, 29; Mt 19, 29; Mc 10, 29).**
- + **“Por su amor he perdido todas las cosas” (Flp 3, 8).**

El seguimiento es radical, sin excusas. Y en la Iglesia siempre ha habido hombres y mujeres que han vivido esta experiencia del seguimiento de Jesús con una inquebrantable fidelidad. La irrupción del Espíritu en sus vidas ha revestido las características que señalábamos: extraordinaria, radical, absoluta, a-normal, para la comprensión de los otros...

<sup>4</sup> TILLARD, O.P., J.M.R., *La vida religiosa, vida carismática*. ITVR, 1977, p. 41.

<sup>5</sup> DUNN, James D.C., *Jesus and the Spirit*, Coll. New Testament Library, London, 1975, p. 194. Cit. Por TILLARD, o.c., p. 35.

## Sebastián Gili Vives, portador de un carisma extraordinario.

Los fundadores son los testigos de una **experiencia fundante**, hombres y mujeres del Espíritu. Por la acción carismática han llegado a experimentar a Jesucristo de una manera peculiar e intensa. He ahí la raíz de su ser carismático. El carisma en ellos no es una mera intuición, una parcial solución práctica -con afanes de definitiva- para problemas determinados o una poética resolución idealística. Los fundadores parten de una realidad objetiva, palpable, profunda y exteriorizable a un tiempo. Se han sentido, porque lo han sido previamente, poseídos por el Espíritu, que los ha constituido en testigos de esa experiencia. La experiencia real de Jesucristo y su relación experiencial con ÉL es apasionada, en clave de amor, de caridad teologal.

La fe no es un añadido, una sospecha, una posibilidad. El carisma, para ser auténtico, requiere la fe en acto y la gracia recibida no es, en su esencia, una “cosa” regalada, sino una PERSONA que se entrega. Este encuentro “interpersonal” es lo que constituye la **experiencia fundante**, el origen de la luminosa fuerza carismática que hace a un hombre o a una mujer testigos vivos de la presencia misteriosa, salvífica, gestadora de vida, de Dios en medio del mundo.

Esa fe experimentada, vivida en clave de encuentro, se hace certeza de caridad, se inflama (es el Espíritu quien la provoca) y se vuelve apasionada. Es la irresistible fascinación por la persona de Jesús. Se comenten “locuras” de identificación: Pensar como ÉL, sentir como ÉL, vivir como ÉL, obedecer como ÉL, servir como ÉL, amar como ÉL, ser ÉL.... Es lo que se llama, no tiene otro nombre, amor de identificación, la “santa obsesión”, que dijo alguno. Este amor de identificación, a fuerza de ser auténtico, se convierte en apasionado, si no, deja de ser amor y no alcanza -no ya la identificación- ni siquiera la “aproximación”.

Y Sebastián Gili, el Padre fundador, presenta en su vida suficientes rasgos de verdad de esto que vamos describiendo. Su experiencia fundante se asienta en una vivencia profunda de Jesús, desde la transparencia de su vida ministerial como sacerdote. Hombre forjado en la Eucaristía, con una piedad cimentada en la contemplación del Corazón de Jesucristo, con los rasgos de la pasión cordial del Santo Obispo de Hipona, al que estudiaba con esmero.

Esa intimidad orante, de fuego apasionado, que en San Agustín alcanza cotas de transparente santidad, tiene en Sebastián un aventajado discípulo. Lo emula en su vivencia interior. Su afiliación como terciario agustino no es expresión de una piedad superficial o muestra de cordial cortesía con sus amigos agustinos. Es el fruto del deseo de un vínculo interior, de poder llamar “padre”, con verdad de santidad recibida por el Espíritu, a quien con su enseñanza le encamina a una relación especial con Jesucristo y su Iglesia. Es la firma pública de su ser agustiniano más profundo.

Esta identificación con Jesucristo crece, se hace palpable, en su relación con los niños y los necesitados. Sus ojos miran la realidad doliente y descubre en ella el reclamo del Señor: *“Tuve hambre y disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis...”* (Mt. 25, 34).

En la historia de Sebastián el Espíritu va forjando un nuevo carisma para el bien de la Iglesia. El marco es el dolor, la cruz; no podía ser de otra manera. Es en la Iglesia del dolor donde nace el carisma personal de Sebastián; es en el dolor de la Iglesia, donde el Espíritu le hace experimentar la llamada del Señor, un particular “ven y sígueme”, que recibe de Sebastián la respuesta adecuada del FIAT. ¿No se gestó la vida nueva en las alturas del Gólgota? No hay otro camino de fidelidad al Señor, ¿o no escuchó Sebastián en el hondón del alma, donde acontece la verdad y la plenitud del ser persona, aquello de... *“el que quiera venirse conmigo, que cargue con su cruz y me siga”*?

La Inclusa de Palma se convirtió para él en la lejana orilla del Tiberíades. Y aquél fuego del carisma se hace fecundo, porque un rasgo distintivo de los fundadores es el don de la fecundidad, que hace descubrir la presencia del Espíritu Santo como dador de vida. La riqueza del Espíritu, con ese reclamo concreto de presencia evangelizadora y apostólica, es transmitida por el fundador a sus seguidores, más propiamente llamados “hijos” e “hijas”, para que puedan perpetuar con fidelidad lo que ellos recibieron un día para gloria de Dios y riqueza, bien, crecimiento y santificación de la Iglesia entera.

### **La transmisión del carisma y su vitalidad.**

La transmisión del carisma es siempre misteriosa. ¿Cómo pasa, se transmite el carisma desde la persona del fundador (que lo vivió en plenitud) a la congregación? ¿Por ósmosis? ¿Por mimetismo? No actúa así el Espíritu del Señor. Podríamos decir que la transmisión se realiza a través de la generación pneumatológica. El pneuma de Dios, el Espíritu del Señor, lo hace posible. Es misterio ante el que hay que descalzarse. La energía del Espíritu no puede quedar ahogada en el alma del fundador. Ni él mismo es, a veces, consciente de esta transmisión. Aquí ocupa un papel impresionante el grupo primero, el núcleo de la fundación primera. ¿Qué veían en el fundador, qué entendían, cómo seguían, imitaban, con qué docilidad, qué resistencias, qué luchas, qué gozos... acontecieron en los primeros seguidores? Ocurre –permitidme la comparación- como con el Evangelio de Lucas, que necesitamos su continuación, los Hechos de los Apóstoles.

Hay congregaciones que carecen de esas deliciosas, a veces dolorosas, florecillas del comienzo. Las Agustinas del Amparo cuentan con testimonios fidedignos, por ejemplo el perfil de la primera Superiora General de la Congregación, Sor Julia Carrió, que fue brazo derecho del fundador entre las primeras. Perfil de interioridad, perfil de fecundidad apostólica y perfil de cruz, a veces, provocado incluso por los que tenían que haber sido garantes de la paz y armonía de la nueva planta sembrada por el Espíritu en el Jardín de Agustín.

El conocimiento de esa transmisión primera del carisma es singular, porque delimita, en la comprensión y actualización del carisma, alguna posible extrapolación producida por esa tendencia a la mitologización del líder. La experiencia inicial en un Instituto, el conocimiento de su génesis, de sus primeros pasos, es esencial para acertar con verdad en su formulación.

Por todo ello deberemos siempre ahondar en la relación existente entre el fundador y los discípulos directos. Insisto: cómo plasmaron la originalidad del fundador, cómo la hicieron vida, cómo la proyectaron; qué estilo, formas, obras, caracterizaron este primer abrirse el carisma a la Iglesia, desde la persona del fundador a los primeros seguidores.

Sebastián deja clara la espiritualidad de San Agustín y calor de hogar de la Orden Agustiniiana, como fundamento base de la experiencia fundante.

Las actuales Constituciones<sup>6</sup> recogen acertadamente estos rasgos luminosos, verdadero arcoiris de caridad:

- ✓ *“De acuerdo con la Regla de San Agustín, el fundamento de nuestra vida religiosa es la vida común, comunidad de vida y comunidad de bienes”* (n. 8)
- ✓ *“A través de la vida común, las Hermanas, unidas en el amor de Cristo, nos servimos mutuamente, vivimos del bien común y trabajamos con todas nuestras fuerzas por la Comunidad”* (n. 8).
- ✓ *“Nuestra Congregación es una Comunidad fraterna y apostólica, al servicio del pueblo de Dios”* (n. 10).
- ✓ *“Nuestra fraternidad es fruto de la caridad, ‘derramada por el Espíritu santo en nuestros corazones’* (n. 11).

Desde la experiencia viva, va a trazar el fundador la misión apostólica, de neta raíz evangélica, que, junto a las palabras del agustino P. Arnau, generan un principio fundamental de acción en caridad, que, cual preciado tesoro, conservan las Constituciones:

*“Tender una mano bienhechora al desvalido, prestar caritativamente auxilio al necesitado sin diferencia de clases, sexos ni personas, sirviéndoles en sus dolencias y enfermedades, no sólo en los hospitales y otras casas de beneficencias, sino también en las particulares en que sean llamadas las Hermanas; instruir a las niñas en la doctrina cristiana y demás ramas del saber que sea posible; cuidar, en fin, y auxiliar a cuantos reclamen, según Regla y por Dios, sus servicios; tal es el objeto de la Congregación”* (n. 15a).

Y por si quedara duda de que este es el carisma de la caridad en acto, no olviden que han de vivirlo *“a imitación de su clementísima Madre la santísima Virgen, cuyo caritativo manto cobija a todos los necesitados y encuentran todos en su tierno corazón el consuelo y alivio que su aflicción reclama”* (n. 15a).

Su experiencia fundante la transmite en vivo, sin dobleces. Lo deja impreso en las Reglas y en el *Espíritu y vida* y lo recogerán las Constituciones:

*“Las Hermanas tendrán presente que sirven a Jesucristo en la persona de los enfermos y desvalidos, pues Él terminantemente dice en el Evangelio: Que recibirá como hecho a sí mismo lo que se haga por cada uno de ellos”.* (n. 15b).

---

<sup>6</sup> Regla y Constituciones de las Agustinas Hermanas del Amparo, Palma de Mallorca, 2000.

Carisma de la caridad, el carisma que no acaba, que no tiene fin. “*Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis pequeños, conmigo lo hicisteis*” (Mt 25, 40).

*Conmigo lo hicisteis, a mí me lo hicisteis.* Es la clave de la identificación, la clave de la santa obsesión. Por ahí hay que buscar, en obras, más que en palabras, por donde se ubica, donde se aposenta la fuerza y la pasión del Padre fundador en el aquí y ahora de un Instituto religioso.

### **Actualidad del carisma**

¿Es actual? ¿Se vive hoy el carisma del P. Sebastián Gili, que fue transmitido a la Congregación? ¿Arden en fuego de caridad vuestros corazones? ¿Hay fuego de pasión evangélica en vuestra vida común, en vuestra acción apostólica? ¿Vive hoy Sebastián en sus hijas?

Que es actual por evangélico, por ceñirse con radicalidad a la exigencia del evangelio, es indudable. Y no vine a hablar de ello. Lo avisé desde el principio.

Mi aportación, a la luz de lo reflexionado en este día precioso, 6 de febrero, ciento cincuenta años después, ha querido ser una provocación y una invitación.

Provocar, porque provocando he querido llegar a lo más profundo de vuestro ser mujeres, creyentes y consagradas; deseando que sea el corazón, más que la razón humana -¿o no tiene el corazón razones que la razón no alcanza?- quien responda a esta provocación. Que hoy diga vuestro corazón, que sois Agustinas por vocación y perseverancia, si le atraviesa el dardo de la caridad en su núcleo; si estáis heridas de caridad, enfermas de caridad.

Provocación en el mismo día en que –hace siglo y medio- cuatro intrépidas se vistieron el hábito agustiniano y se ceñieron con el cingulo de la consolación y la misericordia, esa santa correa agustiniana, que es el ceñidor de la caridad.

Provocación en vuestro ahora, para el bien y la paz de la fraternidad en la Congregación, para la santificación de los destinatarios de vuestra tarea, los desvalidos y los necesitados, los alumnos y sus familias. Provocación para que la Iglesia reciba, en los frutos congregacionales de este Jubileo, la Gracia del Señor, que se hizo carisma de caridad en el corazón, la vida y la obra del bendito Padre Sebastián.

E invitación. Hay páginas en vuestra historia impactantes y conmovedoras, que gritan a los cuatro vientos que las que os antecedieron dieron un DO de pecho en la radicalidad y la fidelidad a lo profesado, manteniendo, actualizando el carisma –don del Espíritu para bien de la Iglesia- que fue regalado al Padre fundador.

Podemos recordar la entrega heroica de las Hermanas en los acontecimientos trágicos de la epidemia de cólera morbo (1865) y la fiebre amarilla (1870), que asolaron la noble tierra de Mallorca en vida del fundador, que supusieron un consuelo en su alma solidaria con el dolor del prójimo, y tuvieron amplio eco de agradecimiento por el pueblo de Mallorca.

O la verdadera lucha por la justicia, defendiendo los derechos de los enfermos y acogidos, de los alumnos de cara a su educación integral o de los empleados de los centros asistenciales que atendían. Justicia y caridad en abrazo de sentido evangelio. Rostro de la maternidad de la Iglesia en su lucha por defender siempre el derecho de los pobres, el ser voz de los sin voz.

Y una página más: la de la entrega silenciosa y anónima de las Hermanas en el trabajo diario, en la constancia del esfuerzo, de las horas de sobrecarga, del no quejarse, del darse sin medida, que es la medida del amor, según San Agustín. Páginas heroicas de evangelio, como la pobre viuda aquella del templo, que dio más que nadie, porque entregaba todo lo que tenía para vivir. Y no pasó desapercibido para Jesús, que la observaba (Cf. Mc 12, 38-44).

El carisma congregacional, heredado del Padre fundador, que él vivió en plenitud y en plenitud fue transmitido a la Congregación, es ya un patrimonio espiritual de la Congregación, de la Orden y de la Iglesia. Se recoge en los escritos del Padre, en las reglas, normas; se formula y articula en las Constituciones, pero no se agota en ellas.

Leer el carisma, aprender el carisma, formular el carisma, actualizar el carisma supone descubrirlo en la vida real de todas y cada una de las Hermanas. No está en los papeles en su integridad pneumatológica. Los papeles lo formulan, lo intentan verbalizar, para su comprensión; pero no se transmite en ellos. El Espíritu del Señor no se da en los papeles. El Evangelio que salva al hombre no se circunscribe sólo a la enseñanza de la Palabra de vida. El Evangelio se transmite con la vida.

Por eso, entended mi invitación este día seis de febrero, fecha de gracia y de esperanza, y ciento cincuenta años después.

La actualidad del carisma, su vitalidad, está –debe estar- en el corazón de cada una. Es motor y fuerza de la entrega de la vida, en clave de consagración y seguimiento del Señor, como así ha sido desde que dejó sus huellas por Judea, Samaría y Galilea; por las orillas aquellas del Tiberíades.

La actualidad del carisma debe brillar con fuerza en cada latido, en los gestos, en los compromisos, trabajos y tareas, esfuerzos y esperanzas; en los proyectos y en los medios, en las lágrimas y la sonrisa de las hijas de Sebastián Gili Vives.

La vida común, vivida en fraternidad y amistad, como sello de identificación agustiniana, es el medio mejor para que al mundo le alcance el fruto de la pasión del venerable Padre Sebastián. Pasión por Jesucristo y por los pobres y necesitados, a quienes alcanzáis en caridad con vuestro servicio evangélico.

El carisma vivido hoy, en vosotras, por vosotras, en fidelidad de comunión eclesial, es patrimonio ya de la Iglesia, ya no os pertenece en exclusiva. Al confirmar la Iglesia su verdad y eficacia, es todo el Pueblo de Dios quien se apropia de él y es destinatario de su energía.

Por eso podemos confesar, cantar, gritar al mundo, que aquí y ahora, ciento cincuenta años después, la pasión del Padre fundador por Jesucristo y su Iglesia, está viva. Que el venerable Padre Sebastián Gili, vive. Y vive en vosotras, en vuestra ofrenda, vuestra oración, vuestra búsqueda, vuestra fraternidad, vuestro trabajo, vuestra lucha. Que toda la energía del Espíritu sigue en acto, sirviendo a la Iglesia, fecundando a la Iglesia con esa pasión por el AMPARO, a semejanza de María.

Impresionante Dios, que hoy se nos regala en esta confesión de vida y de esperanza.

Los niños y los jóvenes, las familias, los enfermos, los necesitados, los marginados, que se acercan a vuestras obras apostólicas, a vuestro corazón de mujeres, creyentes y consagradas, son los destinatarios privilegiados de ese fuego que nunca se ha apagado, que un día brotó en el alma de vuestro Padre.

Vuestra vocación es una vocación de límite, es vocación de extremos, porque es vocación de radicalidad.

Sed siempre el bendito AMPARO de Dios para el mundo. La Virgen, Madre de la Consolación, Madre del Amparo, Madre de los Desamparados, está siempre a vuestro lado, ¡¡¡y lo sabéis!!!.

*Moltes gracies.*